

Fray Justo Perez de Urbel

CAPÍTULO XV LA SAMARITANA (Juan 4,1-42)

A través de Samaria

Dos meses hacía que Jesús recorría la Judea, predicando, bautizando y haciendo prosélitos, cuando la prisión de Juan vino a ponerle también a El en peligro. Los mismos enemigos que habían entregado al Bautista estaban interesados en acabar con El. Así nos lo da a entender el último Evangelio con estas palabras: "Cuando supo el Señor (es la primera vez que Juan da a Jesús este nombre, con que seguirá designándole en adelante) que se comentaba entre los fariseos que El hacía más discípulos que el Bautista, dejó la Judea; y se vino de nuevo a Galilea." Su popularidad le hacía desde ahora el blanco de la persecución de los fariseos, que por ese mismo motivo acababan de conseguir el encarcelamiento de Juan. Tal es, según San Juan, el motivo que le obliga a retirarse. Y aunque, dando un pequeño rodeo, hubiera podido seguir el camino del Jordán, quiso hacer este viaje cruzando la provincia de Samaria, que separaba aquellas dos regiones, y, tomando un camino, que, como dice Flavio Josefo, era el que seguían de ordinario los galileos en sus viajes a Jerusalén.

Los samaritanos

Un fariseo y un doctor de la Ley hubieran hecho lo imposible por evitar este itinerario. Para todos los judíos, pero especialmente para ellos, la tierra de Samaria era una tierra maldita. Ponían el mayor cuidado en no manchar su boca con ese nombre; y tan abominables eran a sus ojos los habitantes de ella, que la mayor injuria que podían hacer a un enemigo no era llamarle pagano o publicano, sino que le insultaban con el nombre de samaritano. Era una aversión antigua. Los habitantes de Samaria estaban orgullosos de sus valles ubérrimos, de sus fértiles llanuras, de sus numerosos rebaños, de su suelo regado por abundancia de manantiales, que contrastaba con el aspecto duro, austero y rocoso de la Judea. Ya muchos siglos antes habían roto la unidad del reino de David para constituirse en Estado independiente. "El agua de los samaritanos, decían los rabinos, es más impura que la sangre del puerco." El odio fue en aumento cuando la sangre de Efraim se mezcló con la de las tribus mesopotámicas con que los reyes de Asiria habían querido reforzar la población de Samaria, mermada por la cautividad. Al comenzar la reconstrucción del templo, Zorobabel rechazó desdeñosamente el concurso de los samaritanos, que vengaron la afrenta levantando un templo rival en la cima del Garizim. Para un judío, el samaritano era cismático y hereje, y el samaritano, por su parte, rechazaba aquel monopolio religioso que los descendientes de Aarón habían establecido en torno al templo de Jerusalén. ¿Acaso no tenían también ellos lugares ilustres, santificados por la presencia

de los patriarcas y por las predilecciones de Jehová? Cerca de la Antigua Siquem, la capital del reino de Jeroboam, que existía ya hace cuatro mil años y cuyas ruinas encuentran ahora los arqueólogos junto a una aldea llamada Balata, se alzaba el Garizim, y junto al Garizim se extendía el bosque de encinas de Moreh, donde el padre de los creyentes había construido un altar, como recuerdo de la aparición de Dios, que le había dicho allí mismo: "Esta tierra se la daré a tu raza." Allí había armado sus tiendas el patriarca Jacob a su regreso de Mesopotamia, y en las cercanías había cavado, para atender a sus necesidades, y a las de sus rebaños, un pozo que todavía se llama Bir-Jakoub. Toda la tierra estaba llena de los recuerdos de Abraham, de Isaac, de Jacob, de Josué y de José, que fue enterrado cerca de Siquem, en el campo comprado por Jacob a los hijos de Shamor, el Heveo, de quien vino el nombre de Samaria. Por eso los samaritanos conservaban con amor los libros del Pentateuco, que, a la vez que la historia de sus ascendientes, les recordaba la geografía de su patria, y aunque admitían un mesías, un legislador, el profeta anunciado por Moisés, rechazaban la literatura bíblica nacida en el reino de Judá, la legislación reciente de los rabinos de Jerusalén.

Jesús junto a la fuente

Lejos de compartir los prejuicios de sus compatriotas, Jesús miraba con cariño a los habitantes de aquella tierra excomulgada, mejor dispuesta para recibir su doctrina que las escuelas orgullosas de la Ciudad Santa. Entra en ella, seguido de sus discípulos, y avanza por el camino que habían recorrido los antiguos patriarcas. En la primera etapa, cuando el sol de primavera dardeaba sus fuegos más intensos, sale de la garganta que separa al Hebal del Garizim, y se presenta a sus ojos la llanura en que se asienta Siquem, la antigua capital de Samaria, que sigue siendo la ciudad sagrada de los samaritanos, aunque el odio judaico la designe con un nombre desdeñoso: Sicar, que quiere decir "la mentira". Es la hora sexta. Hay en esta página de Juan una precisión rigurosa. Jesús tiene sed y está cansado. Pero cerca de allí está el pozo de Jacob. Un poco más allá, a la derecha del camino que lleva a Galilea, se ven todavía varios pozos antiguos, cuyos brocales sirven de bancos para el viajero. En uno como éstos se sentó Jesús. Los discípulos habían ido a la ciudad para buscar de comer. Esta escena la repiten todavía constantemente los que viajan por aquella tierra: descansan junto al pozo, van a la ciudad vecina para comprar pan y frutas, y vuelven a comerlo bajo el edículo que se levanta defendiendo el agua. Las palabras con que Juan empieza su relato tienen el sello del más vivo realismo: "Jesús llegó a la ciudad de Samaria, llamada Sicar, cerca del lugar que Jacob dio a José, su hijo; y estaba allí el pozo de Jacob. Y, apartándose del camino, se sentó junto a la fuente. Era poco más o menos la hora de sexta." Todo es rigurosamente preciso, el tiempo y el lugar, y estas minuciosas indicaciones están de acuerdo con las recientes excavaciones. Es algo que debieran explicar los que consideran el cuarto Evangelio como una invención fantástica y simbólica de un místico del Asia Menor, que ni siquiera había estado en Palestina.

Llega una mujer

Jesús parece esperar. Está solo, "sentado sobre la fuente". Es un día del comienzo del verano. Una mujer se acerca a sacar agua, con el cántaro sobre la cabeza y la cuerda bajo el brazo. Mira al extranjero, reconoce en él a un judío, y lanza el cántaro al fondo —veintitrés metros tiene el pozo todavía — sin preocuparse de él. Pero Jesús le dice:

—Dame de beber.

Esto para ella era algo inaudito. Un judío no podía dirigir la palabra a una mujer sola, y menos a una samaritana, sin una extrema necesidad. Hoy mismo no es correcto en Palestina preguntar a una mujer ni siquiera para enterarse de un camino. Además, era junto a aquel pozo donde se habían repetido con más frecuencia las luchas entre los judíos y los samaritanos. Y ella se encuentra con un judío que obra como si nada supiera de tales altercados. No obstante, deja caer la cuerda del pozo por una de las múltiples ranuras de la piedra, y ofrece agua al desconocido. Pero un oriental nunca da de beber sin acompañar el gesto con una frase acomodada a las circunstancias. Ella dice:

— ¿Cómo tú, siendo judío, me pides de beber a mí, que soy mujer y samaritana?

La samaritana habla con desembarazo, haciendo resaltar lo vergonzoso que es para un judío pedir la ayuda de una mujer, que, además, es samaritana; hace tiempo que ha perdido la costumbre de ruborizarse y de intimidarse por la presencia de un hombre, aunque su lenguaje y su manera de vestir y acaso su dicción delaten en él un judío más que un galileo. Sus respuestas tienen un aire burlón e irónico, y no parece tomar en serio las halagüeñas insinuaciones del desconocido, ni preocuparse del sesgo que podría tomar aquella aventura.

—Si conocieras el don de Dios— le dice Jesús, indiferente a aquellos recelos de raza—, y quién es el que te dice: "Dame de beber", ciertamente que tú le pedirías a El, y El te daría agua viva.

Ella contesta con unas palabras evasivas. Es demasiado agradable la promesa de Jesús para que pueda creer en ella. No obstante, parece algo impresionada y empieza a tratar a Jesús con deferencia.

—Señor— dice, acompañando las palabras con una sonrisa—, tú no tienes con qué sacar agua, y el pozo es hondo. ¿De dónde vas a sacar esa agua viva que prometes? No creo que seas tú mayor que nuestro padre Jacob, que nos dejó este pozo, después de beber él y sus hijos y sus ganados.

El agua viva

El tono de la conversación va cambiando insensiblemente. Ya ha llamado Señor al que antes ha tratado de judío; en sus palabras empieza a flotar una vaga sospecha de misterio. La tranquila dignidad, el aire grave con que se ha expresado Jesús, en contraposición con la insinuante frivolidad con que ella ha iniciado el diálogo, empiezan a impresionarla. Tiene un alma recta, un fondo natural de sinceridad, que Jesús va a aprovechar para ganarla. Primero despierta su curiosidad, después acucia su interés, y, al fin, dará el último golpe presentándose como conocedor de los más íntimos secretos.

Quien bebe de esta agua— dice—, tendrá sed aún; mas quien bebiere del agua que yo le daré, no volverá a tener sed nunca jamás. El agua que yo le daré se convertirá para él en fuente, que saltará hasta la vida eterna.

En verano y en invierno, helada de frío y muerta de cansancio, ha tenido que venir muchas veces al pozo para sacar agua. Esta era una de sus preocupaciones. Ya empieza a creer en aquel hombre, que le promete librarla de una fatiga tan grande, y, más atrevida que Nicodemus, dice a Jesús:

Señor, dame esa agua, para que no tenga sed ni venga aquí a buscarla.

Es el momento que Jesús escoge para revelarla su pasado, perfeccionando de esa manera su fe con el "signo" definitivo. Parece cambiar de conversación, pero no hace más que proseguir su obra.

—Ve— dice a la samaritana—, llama a tu marido y vuelve.

—No tengo marido— responde ella, agitada por un mundo de recuerdos que se le vienen a la mente, esforzándose por que no aparezcan al exterior, y tratando de cortar el giro de la conversación con una frase lacónica, que es un subterfugio. Pero el desconocido prosigue con un sosiego implacable:

Razón te sobra al decir que no tienes marido. Cinco hombres has tenido ya, y el que actualmente tienes tampoco es tuyo. Has dicho la verdad.

El Taheb

La samaritana descubre que está delante de un hombre extraordinario, que lee en el fondo de las conciencias y revela su impresión con la espontaneidad y confianza que ha manifestado en toda aquella conversación.

—Señor, veo que eres un profeta— y añade, señalando con su mano la cima del Garizim—: Nuestros padres adoraron a Dios en esta montaña, y vosotros decís que es en Jerusalén donde hay que adorarlo. Es como si dijese: ¿Tengo que ir a Jerusalén para adorar a Dios, al creer que tú eres su enviado?

El Garizim está allí enfrente, dominando el estrecho valle en que se desarrolla la escena. El desconocido viajero viene de adorar a Dios en el templo de Jerusalén. Es un profeta, según acaba de probarlo, y su opinión sobre la cuestión secular entre judíos y samaritanos podría aportar una luz preciosa. Aquella mujer no es, ciertamente, un modelo en su conducta, pero inquieta su alma un sincero anhelo religioso.

—Créeme, mujer— contesta Jesús—, ya viene la hora en que ni en Jerusalén ni en ese monte adoraréis al Padre. Vosotros no sabéis lo que adoráis; nosotros adoramos lo que conocemos, porque la salud viene de los judíos. Pero llega la hora —ha sonado ya— en que los verdaderos adoradores adorarán a Dios en espíritu y en verdad. El Padre busca quien le adore así; Dios es espíritu, y es menester que los que le adoran le adoren en espíritu y en verdad.

Conquistada ya plenamente, la samaritana escuchaba ahora con atención profunda, esforzándose por comprender. Tal vez se advirtió en su frente un gesto de desengaño al oír la alabanza de los judíos, fieles custodios de la revelación; pero las palabras de Jesús cobran un nuevo interés para ella cuando le anuncian que si en el pasado el Moria prevaleció sobre el Garizim, en el porvenir ni el uno ni el otro tendrá privilegio alguno. Era una afirmación escandalosa, un principio revolucionario, que en el último proceso habría podido servir de testimonio incontrovertible. La samaritana se siente envuelta en una atmósfera de misterio. La alusión a la nueva Era trae a su mente el recuerdo del Mesías, del Taheb, el que ha de venir, como decían los samaritanos, y pronuncia unas palabras, que son al mismo tiempo una profesión de fe en el Redentor venidero y una astucia muy femenina para provocar una nueva revelación.

—Soy Yo, que hablo contigo— respondió Jesús, mirando a la mujer con una mirada que parecía decir: Es la verdad quien te habla. Y El, que más tarde impondrá a sus discípulos la mayor cautela sobre su dignidad mesiánica, se la descubre ahora a esta mujer, en la que, sin duda, encuentra una especial preparación. Ella le respondió con otra mirada en la que parecía decirle: "Creo". Pero no lo dijo. Aturdida y como alocada, dejó su cántaro, y corrió hacia la ciudad.

Otro manjar

En este momento llegaron los discípulos. Llegaron a tiempo para presenciar las últimas palabras de Jesús con la samaritana. Grande fue su sorpresa al verle hablar con una mujer, aunque nadie se atrevió a preguntarle el porqué de aquella conversación. Conocían la reserva de Jesús en este punto, conocían también las costumbres severas de los judíos, exageradas por los doctores de la Ley. "Arrojad al fuego las palabras santas, antes que comunicárselas a una mujer", había dicho uno de ellos. Era el desprecio más que la prudencia lo que inspiraba aquella severidad. Pero también en esto se anunciaba una nueva edad: "Ya no hay ni judío ni griego, ni esclavo ni libre, ni hombre o mujer." Imbuidos en los viejos prejuicios, los discípulos se llenaron de admiración, pero supieron disimularla, presentando a Jesús las provisiones que acababan de comprar y diciéndole:

Come, Maestro.

Yo tengo otro manjar que vosotros no conocéis —respondió Jesús, absorto en sus pensamientos.

Los discípulos no insistieron; pero, mirándose unos a otros, se decían:

¿Le habrá traído alguien de comer?

Estos comentarios parecían exigir una declaración, y Jesús se la da en unas frases inflamadas de amor:

—Mi alimento— dice —es hacer la voluntad de Aquel que me ha enviado y completar su obra. ¿No sois también vosotros de aquellos que dicen: Sólo cuatro meses y llega el tiempo de la siega? Pues Yo os digo— añadió, señalando con amplio gesto la gran llanura de Makhne, que se extendía a su vista, orgullosa de sus mieses acariciadas por el viento—: Levantad los ojos, y veréis blanquear los campos, porque el momento de la cosecha ha llegado ya.

La mies de los que creen

Entre nosotros, Jesús hubiera hablado del oro de las espigas; pero en aquellas regiones del Jordán el grano, nunca mojado por la lluvia, se seca en el momento de madurar, vistiéndose de un brillo blanco amarillento. Las mieses blanqueaban en el espacioso valle de Siquem; pero los discípulos se daban cuenta de que su Maestro hablaba de una mies espiritual, "que fructifica para la vida eterna". Es el agricultor de una cosecha celeste. En Palestina, a fines de diciembre, cuando terminaba la siembra, solía decirse a manera de proverbio: "Dentro de cuatro meses verás la mies." Pero estas

palabras pierden su sentido tratándose de la mies evangélica. Ya ha madurado, ya está pidiendo el dale. Los obreros van a ser pocos. He aquí las primeras gavillas. Y tal vez en aquellos momentos veían los discípulos acercarse a Jesús un grupo de samaritanos, que, entre profundas reverencias, le invitaban. a pesar de ser judío, a detenerse en su ciudad. La noticia de que el Mesías estaba a las puertas había conmovido a la población. "Venid —gritaba la mujer por calles y plazas—, y ved al Hombre que me ha dicho todo lo que he hecho." Y añadía, dejando prudentemente que sus convecinos juzgasen de aquel caso: "¡A ver si no es el Taled." La curiosidad se apoderó de todos. No se trataba, ciertamente, de un hombre vulgar; había que verle, había que oírle y tratarle. Y le invitaron a que entrara en la ciudad. Jesús condescendió con sus deseos, y permaneció con ellos dos días. Muchos creyeron, y la mujer, que al principio era mirada con envidia, tenía que oír comentarios como éste: "Ya no creemos por lo que tú dices, pues nosotros mismos hemos oído y visto que éste es verdaderamente el Salvador del mundo."

(Fray Justo Perez de Urbel, *Vida de Cristo*, Ed. Rialp 1987, p. 164-173)